

El otro lado del espejo



Juan Ángel Laguna Edroso



AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Primera edición digital: marzo 2021

ISBN: 978-2-490290-56-7

Colección: Medianoche #10

Autor: Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustración de cubierta: Charles Allan Gilbert

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Elías Fosco

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Más información sobre **Espejo Victoriano** en www.espejovictoriano.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Juan Ángel Laguna Edroso

El espejo victoriano

En la literatura, como en todas las artes escénicas (si se me permite la licencia), el foco es de una gran importancia. Qué se muestra y cómo se ilumina va a ser primordial en la narrativa, va a determinar la esencia de la obra y su significado final. Es una cuestión primera.

Por supuesto, esto es algo que un escritor no descubre de buenas a primeras. Cuando empecé a crear el universo de «Espejo victoriano», hace ya más de una década, nunca había verbalizado este pensamiento. Sin embargo, la reflexión debía de estar ahí de alguna manera, agazapada. O, al menos, el *leit motiv* que daría sentido y forma a una buena parte de mi producción literaria. El concepto es sencillo en su formulación pero a la vez complejo en su desarrollo: dar visibilidad a distintos aspectos de la sociedad victoriana a través del espejo deformante de la literatura de terror.

La elección del siglo XIX como terreno narrativo no tiene nada de sorprendente. No es solo que la literatura contemporánea sea todavía una gran deudora de la narrativa de dicha época, y muy particularmente el género de terror, sino que, a título personal, me formé como lector, y en buena medida como escritor, a través de sus grandes clásicos: Robert Louis Stevenson, Bram Stoker, Gustavo Adolfo Bécquer, Mary Shelley, los dos James, Henry y Montague Rhodes (M.R.), Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle y un largo etcétera. La preeminencia anglosajona es también evidente, aunque con el tiempo se vería temperada con aportaciones de autores de otros lugares, desde Emilio Salgari y E.T.A. Hoffmann a Guy de Maupassant pasando por Horacio Quiroga o Emilia Pardo Bazán.

Desde niño me he sentido cómodo en los escenarios que construyeron para nosotros, con las ruinas, los palacios decadentes, los castillos encantados y los bosques inextricables. Me fascinaban los paisajes bucólicos y toda la simbología romántica, los *memento mori*, los laberintos, los gatos negros, la luna y las nieblas, las abadías,

las bibliotecas y las mazmorras. Es natural que los replicara en mis primeras historias, contadas a mis primos y a los otros niños del pueblo, en la calle, disfrutando de la libertad al rayar la medianoche, y que las haya buscado en mis relatos una y otra vez para inquietud de mi madre y desesperación de otros escritores más aficionados a la actualidad. Pero con el tiempo, la mera emulación pierde sentido y todo este rico material corre el riesgo de transformarse en estéril tramoya. El escritor tiene un punto de explorador también, de investigador tal vez, y a fuerza de pasar años en las criptas polvorientas de otros autores, terminas por buscar nuevas perspectivas, por estudiar nuevos ángulos. Así es como surge «Espejo victoriano».

Durante el siglo XIX el racionalismo enfiló la rauda vía del progreso, dispuesto a terminar de barrer las tinieblas de la ignorancia y la superstición para construir una nueva realidad que se prometía más humana y confortable. Pero esa luz, tremenda e inclemente, arrojó también sombras no menos inquietantes o profundas, convirtiendo el periodo en una época de marcados contrastes. Al mismo tiempo que la ciencia y la lógica copaban el discurso oficial, florecían las expresiones artísticas más ligadas a lo atávico en corrientes como el Romanticismo. El estudio del folclore y de los mitos no conllevó la extinción de los monstruos, sino su reformulación en nuevas claves que todavía, en buena medida, perduran a día de hoy, como muestra el paradigmático caso del vampiro.

No solo en el arte tenemos esta paradoja: en el propio día a día de las crecientes ciudades, en el mismo escenario político internacional, la razón parece dormirse en sus recién cosechados laureles y dejar campo libre a los famosos monstruos profetizados por Goya en algunos de sus caprichos. Si bien la esclavitud ha sido abolida, al menos nominalmente en casi todos los países, nuevas y horribles formas de explotación humana se consolidan ligadas al nuevo colonialismo. En las mayores urbes de Europa, miserables barriadas proletarias proliferan bajo las brillantes industrias del futuro y la servidumbre, si bien obsoleta en sus términos medievales, salvo en

ciertos lugares de la Europa oriental, vive un segundo renacer gracias a la ansiosa y acomplejada burguesía que explota el éxodo rural. La conciencia de la libertad individual más allá de los roles tradicionales da un impulso, por poner algunos ejemplos, al movimiento sufragista o a la libertad religiosa o de prensa, lo que no impedirá movimientos reaccionarios que intentan ahogar ciertos cambios. Es una lógica pendular que explica fenómenos como la llegada de las filosofías orientalistas al mismo tiempo que las creencias tradicionales anglosajonas entran en crisis.

El vínculo común entre las historias recogidas en este volumen, que comparten con otras publicadas en otros medios y formatos (cuyas referencias podéis encontrar en la página web «Espejo victoriano»), es precisamente ese: que muestran o beben de estas paradojas del siglo XIX y, en particular, de la sociedad británica durante la estancia en el trono de la reina Victoria. Y que lo hacen, además, a través de la simbología clásica (establecida en buena medida durante dicha época) de la literatura de terror, vehiculada por su estética.

A simple vista, son meras historias de monstruos, misterios y escalofríos, lo que los anglosajones denominan *ghost stories*, es decir, historias de fantasmas. Y también lo son, qué demonios: el objetivo primero de un relato es el disfrute del lector a través de la narrativa, así que su función es también robar un escalofrío, generar una punzada de inquietud. Pero si se escarba un poco en su superficie, los temas mencionados están ahí también: el clasismo, la obsesión con el progreso, la crisis espiritual, el sexismo, la construcción de la identidad dentro de un mundo materialista, nuestro papel en la sociedad, la explotación infantil, el miedo a la alteridad, que se muestra a través de la xenofobia, por ejemplo, el equilibrio entre el desarrollo y la naturaleza, los misterios de la existencia, el temor a que el mundo se nos quede pequeño, a que sea limitado, a que no quede nada por descubrir...

El género de terror no deja de ser, simple y llanamente, un lenguaje con el que abordar todos estos temas, un símbolo como las calaveras de los *memento mori* o el agua que no deja pasar a los

vampiros. El foco que ilumina la misma historia de la que todos los creadores hablamos. La perspectiva indispensable en todas las artes escénicas. Es, en definitiva, el espejo que permite ver, distorsionada, la realidad circundante, como en los circos y los parques de atracciones, para entenderla o denunciarla con mayor crudeza.

Y la magia, el escalofrío, reside en que, dos siglos después, podemos seguir desempolvando el mismo viejo espejo y vernos todavía reflejados en él.

Juan Ángel Laguna Edroso
Eyriac, noviembre de 2019

Quien vela la paz de los muertos

Encerrado en la cripta, mientras rezaba para que la puerta de bronce labrado resistiera un poco más, James MacAleese se decía que la culpa de todo la tenía sir John Lascomby y aquella estúpida moda de traerse recuerdos de las Indias. Estúpida sobre todo en su caso, pues ahí donde el resto de los licenciados de la Compañía de las Indias Orientales se contentaba con algún cuchillo curioso o una ridícula túnica de seda para aburrirse frente a la chimenea, él se había traído un maldito mausoleo. Uno en piedra negra, enorme, tan impresionante que hacía sombra a las cruces celtas seculares que marcaban el resto de las tumbas. A partir de ahí, nada había vuelto a ser lo mismo en el cementerio.

MacAleese no había servido en las Indias ni en ningún otro ejército: tenía de nacimiento un ojo tan torcido que nadie en su sano juicio le hubiera entregado un fusil. Sin embargo, estaba convencido de que, aunque lo hubiera hecho, seguiría sin entender por qué un hombre cabal se haría construir una tumba pagana en la buena Irlanda. Lo que hicieran en Birmania o Australia o donde demonios hubiera estado destinado sir John bien estaba para aquellos bárbaros que nada sabían del buen Dios, pero no para los irlandeses, y eso era algo que hasta un maldito inglés con ínfulas tendría que haber sabido.

Sí, desde luego todo aquello tenía que ser culpa suya. MacAleese no tenía ninguna intención de cargar con ese fardo ni colgárselo al pobre Patrick, que bastante había tenido con rendir el alma de aquella manera tan horrible. Tampoco al muerto, aunque, en este caso, el motivo era otro: prefería no pensar mucho en él, no cuando los arañazos arreciaban en el exterior y la puerta de la cripta gemía sobre sus goznes. Si al menos hubiera tenido un poco de whisky para pasar aquel mal trago...

La gente se reía de él, lo sabía, por borracho y por mirar de

cruzado. A nadie le gusta tratar con los sepultureros y su aspecto y sus hábitos daban la excusa perfecta para no hacerlo. Eso era algo que nunca le había molestado. ¿Por qué iba a hacerlo? Él no se mezclaba en sus cosas, ellos tampoco en las suyas. El cementerio, una vez se cerraban las verjas, era suyo, y de él disponía como consideraba necesario. ¿Era aquello un crimen? Ya se encargaría al Altísimo de juzgarlo. Ellos, desde luego, no entendían lo suficiente para ejercer de jurado. Para eso hubieran tenido que ver el hambre que padecía Irlanda. No comprenderla, no: verla. Acogerla en sus propias carnes, como aquellos desgraciados que, por no poderse pagar ni un entierro, acababan en el rincón más sombrío del cementerio. A esos MacAleese no los tocaba. Tampoco hubiera podido sacar gran cosa de sus ataúdes sin desbastar porque él no los volvía a abrir solo en busca de alguna joya o alguna moneda olvidada en los bolsillos, sino también de su libra de carne.

De esa maldita libra de carne que, como buenos pecadores, tenían que pagar.

Patrick sí que lo había entendido todo. Ellos no eran ladrones de cuerpos, como los siervos viles que, según habían oído, facilitaban cadáveres para saciar la curiosidad mórbida de los burgueses y los aristócratas. No, ellos cobraban un tributo a los que habían engordado a costa de su maltrecho pueblo y la santa Carrigan los amparaba por ello, y eso era bueno. Era justo. Era necesario. Eso se decía MacAleese entre trago y trago y Patrick asentía con su cara de pasmado, contento de ser útil y apreciado por alguien, aunque fuera un viejo de mirada torcida.

Aquel atardecer, sin embargo, el chico estaba nervioso y dudaba. No paraba de santiguarse y de dar besos al crucifijo de latón que le había legado su madre antes de rendir el alma. De nada había valido que MacAleese le explicase que, por mucho hábito que llevaran, aquellos tipos no eran monjes ni nada que se le pareciera, y que lo que iban a hacer no eran ningún sacrilegio. Ni siquiera eran malos protestantes: solo unos estrafalarios de alguna de esas nuevas sectas traídas de Oriente. Si no, ¿por qué iban a haber solicitado que enterraran a su amigo lo más cerca posible de la tumba de sir John?

No eran capuchinos ni carmelitas, eso seguro, porque no llevaban ni un crucifijo ni medio, y, además, solo un pagano del demonio hubiera querido dormir el sueño eterno a la sombra de semejante mausoleo. Por eso, no había tenido ningún remordimiento en volver a izar su ataúd en cuanto se despejó el cementerio.

Era una tarea sencilla y discreta. Rara vez se quedaba alguien después de las dos o tres primeras paladas de tierra aunque, tal y como estaban las cosas en Doughnach, con el hambre y todo eso, más les hubiera valido si en algo apreciaban a sus muertos. Bastaba con que se levantase un poco de aire o empezara a cansarse el sol y todos escampaban como una bandada de cuervos cuando se les acerca un perro. En unos minutos podrían haber acabado aquel maldito trabajo, sobre todo porque MacAleese no contaba cobrarse tributo en carne de aquel cadáver. A saber qué les podía pegar un tipo así... Pero Patrick andaba tan nervioso y renuente que se les acabó haciendo de noche antes de poder desclavar la tapa. A esas alturas, ya iba todo rematadamente mal.

—Se ha movido —se sobresaltó el joven cuando se preparaban para sacar los clavos con escoplo y martillo. MacAleese se limitó a gruñir, pero no fue suficiente—. Te digo que se ha movido. Lo he oído.

Él también lo había oído, claro, pero tenía menos miedo tirándole de la lengua.

—Habrás echado el último suspiro —rezongó—. Ya sabes que a veces les da tan fuerte que se golpean con la tapa. Solo espero que no esté muy tieso, o no habrá forma de meterlo otra vez en la caja...

Patrick dio un paso atrás con los ojos como platos, sorprendentemente afectado por el comentario de su jefe. Este meneó la cabeza pensando cuán lelo era el pobre chico, pero no intentó detenerlo cuando se fue hacia la caseta musitando que necesitaban más luz. Tampoco les iría mal un farol, no. El problema es que entonces podrían verlos si alguien pasaba cerca del fosal.

Echó un vistazo en derredor y sus ojos se posaron en el mausoleo de sir John. No le gustaba en absoluto aquel sitio, pero era el más cercano en el que cabrían con el ataúd a resguardo de miradas indiscretas. Además, lo sabía bien, la puerta no tenía más que un

pasador, ni siquiera una mala cerradura, así que nada les impediría entrar. De alguna manera, se le aparecía como una opción irresistible, ideal para lo que iban a hacer. Resoplando, arrastró la caja hasta su interior. A pesar de los años, seguía siendo un hombre fuerte, muy fuerte, y no necesitaba ayuda para algo así. Cuando Patrick llegó de vuelta con el farol encendido, caminando apresurado, él ya había tenido tiempo de hincar el escoplo entre la tapa y la caja y había empezado a hacer palanca.

—Me ha parecido oír la verja de la entrada —susurró el chico a MacAleese—. Puede que haya entrado alguien.

—¿Y quién demonios iba a entrar a estas horas? —replicó este, pero luego se mantuvo en silencio un minuto, con la mirada puesta en la puerta del mausoleo. Una cosa era apaciguar al muchacho y ponerlo en su sitio. Otra, comportarse como un imprudente.

Al rato, ignorando cómo temblaba el pobre Patrick, siguió haciendo palanca con el escoplo. La madera gemía y las cabezas de los clavos iban asomando poco a poco. No tardaría mucho. Entonces empezaron los cánticos. Patrick se dio tal susto que dejó caer el farol, sumiéndolos en la oscuridad, y MacAleese se golpeó con la caja al levantarse con precipitación para observar el exterior.

Ahí estaban. Tenían que ser por lo menos cinco, pues había tres frente a la puerta y tenían las manos en alto, cogidas entre sí y con alguno más que no alcanzaba a vislumbrar, como si formaran un círculo alrededor del mausoleo. Llevaban las mismas túnicas oscuras que cuando habían traído el cuerpo, pero ya no tenían las capuchas puestas. Así, podía ver sus cabezas rasuradas cubiertas de intrincados dibujos geométricos que le hicieron pensar en víboras y culebras. Se sintió empalidecer aun sin alcanzar todavía a entender la magnitud del problema, pero antes de que pudiera hacer nada, la tapa del ataúd saltó por los aires y una sombra se abalanzó sobre Patrick y rodó arrastrándolo fuera del mausoleo.

Tuvo un primer impulso de salir en ayuda del muchacho, pero en cuanto la luz de la luna iluminó a su agresor, se detuvo en el sitio sujetando con tal fuerza el martillo que hubiera podido quebrar su mango. Un instante después, corría a atrancar la puerta desde dentro.

No es posible, musitaba apoyado contra la plancha de bronce ricamente decorada. Era el muerto, el mismo muerto que habían empezado a enterrar hacía unas horas; y, a la vez, era otra cosa. No, sus ojos no le habían gastado una mala pasada, es que no había otra explicación. Si sus manos no se hubieran convertido en garras, ¿cómo habría podido destrozar así el cuello del chico? Y sus dientes. Oh, sus dientes. Había durado menos de un segundo, pero la imagen de aquella dentadura bestial chorreando sangre no lo abandonaría ya nunca. ¿Cómo había podido cambiar tanto en tan poco tiempo? Si al menos esos malditos encapuchados del demonio se callaran... pero seguían cantando, cada vez más fuerte, como el coro de una iglesia macabra. No chillaban aterrados ni los hacía callar la criatura. No: cantaban.

—Oh, Dios...

Encendió un fósforo y prendió de nuevo el farol para constatar lo que ya se temía: el interior del mausoleo no tenía pasador con el que asegurar la puerta. ¿Para qué demonios hubiera servido? Se apresuró a tomar la tapa del ataúd y buscó el modo de apoyarla en el relieve de piedra del suelo para apalancar la puerta. No pintaba muy sólido, pero no encontraba otra solución más inmediata. Estaba tan azacanado que no se dio cuenta al instante de que los cánticos habían terminado. Solo cuando él mismo se detuvo se apercibió del silencio, y este le cayó como una losa encima. Sobre su ominosa ausencia se escuchaban los repugnantes gorgoteos de la criatura al deglutir. MacAleese notó cómo una arcada lo sacudía y la bilis le quemaba en la garganta.

—James MacAleese —resonó una voz en el exterior—, ¿estás listo para tu renacer?

Su tono era tan imperioso que hasta la aberración de ultratumba había interrumpido su festín. El sepulturero estuvo a punto de derrumbarse. Le temblaban las manos y las piernas y sentía unas ganas de llorar como no había experimentado desde sus primeros años en el hospicio. Él, que creía que no tenía ya más lágrimas dentro, veía cómo sus ojos se humedecían y sus labios se agitaban.

—¡Iros al infierno! —chilló—. ¡Si alguno se asoma por esa puerta, le

hundo el cráneo! —amenazó recuperando el martillo del suelo. Sin embargo, aquella bravata le sonó hueca incluso a sí mismo.

Los cánticos se reanudaron. Esta vez, sin embargo, ya no eclipsaban los gruñidos del devorador, sino que se mezclaron con feroces arañazos al otro lado de la puerta. MacAleese tuvo que volcarse contra la plancha de bronce y empujar con todas sus fuerzas para mantenerla en su sitio. Aun así, de vez en cuando esta amenazaba abrirse y unas largas uñas se asomaban, fugaces y ansiosas, por el resquicio liberado. Sus viejas botas resbalaban sobre el enlosado y la tapa del ataúd se combaba tras cada envite. Una madera tan barata no contendría mucho a aquel monstruo.

Entonces, tal y como habían comenzado, los cánticos se detuvieron de nuevo. El sepulturero, perplejo, se relajó un instante; la criatura había dejado de empujar la puerta.

—James MacAleese —resonó de nuevo la voz—, nos has negado por primera vez. ¿Has encontrado ya la respuesta en tu interior? ¿Estás listo para tu renacer?

En vez de contestar, arrastró el ataúd vacío y lo volcó sobre la entrada. Luego tomó uno de los ídolos de piedra que decoraban la cripta y lo lanzó con considerable esfuerzo contra la puerta. Cuando levantó el segundo, los cánticos habían comenzado una vez más y la barricada se sacudía bajo nuevos asaltos. Al tirarlo, astilló con su peso el féretro, pero, lejos de comprometer el parapeto, bloqueó por completo el acceso: la plancha de bronce no giraba en sus goznes, sino que chocaba a pocas pulgadas como un gong endemoniado. A cada golpe, una bocanada de aire fresco entraba en el mausoleo y le helaba el sudor en la espalda y el cuello.

Buscó a su alrededor más material para la barrera, pero tan solo había un par de jarrones demasiado ligeros. Sir John se había hecho enterrar bajo el catafalco, no había sarcófago a la vista, y ningún otro ornamento valía para reforzar sus defensas.

—Entonces —gruñó para sí mismo—, lo tendré que sacar de las entrañas de la tierra.

Buscó las argollas de la lápida y las tanteó. Aquello pesaba un quintal, pero el pavor que sentía ante el asedio no le dejaba pensar en

otra cosa. Introdujo el mango del martillo en el aro y tiró con todas sus fuerzas para levantar la losa, con tanta energía que este se partió por la mitad. Tras recuperarse del shock, descartó los trozos de herramienta y tomó el escoplo para repetir la operación. Este estaba hecho en hierro, en una sola pieza, y, aunque se dobló por el esfuerzo, MacAleese consiguió alzar la losa una pulgada, dos, tres. Las piernas le ardían y sentía sus vísceras pugnando por salir por cualquier resquicio de su cuerpo. Pensó que las venas del cuello iban a estallarle, pero siguió tirando y tirando hasta tener que dejar caer, exhausto, la maldita piedra. Solo la había desplazado un poco, pero lo suficiente para que liberara el acceso a la tumba propiamente dicha: la losa ahora bailaba de cruzado sobre un amplio agujero situado en mitad de la cripta. Bajo ella se perfilaba el sarcófago de sir John.

—James MacAleese —insistió una vez más la voz del oficiante—, tú que has comido de la carne de los hombres, ¿estás preparado para tu renacer?

Babeando por el esfuerzo y el pánico, el sepulturero se metió en la tumba y empujó con todas sus fuerzas la lápida, desde abajo. Esta se desplazó rechinando sobre las baldosas hasta liberar el sarcófago de sir John, un elaborado trabajo de artesanía cubierto de motivos exóticos: hombres de ojos rasgados y sonrisas misteriosas de las que, a veces, asomaban colmillos, serpientes moteadas que cubrían como un complejo mosaico la mayor parte de la madera, árboles y estrellas tan estilizados que parecían meras decoraciones geométricas, criaturas fantásticas e ideogramas indescifrables... un galimatías que ante la febril mirada de MacAleese parecía retorcerse y palpitar. Ofuscado por el efecto óptico y la desesperación, arrancó la tapa del sarcófago.

Ahí estaba sir John. Incorrupto. Su rostro pálido se mostraba igual que el día en que lo enterraron, años atrás. Sereno. Frío. Asemejaba una estatua de cera bajo la luz del farol, tan perfecto que parecía que en cualquier momento fuera a abrir los ojos. Quizás por eso no se sobresaltó cuando lo hizo. O tal vez porque estaba demasiado agotado, porque tenía el espíritu quebrado por tantos terrores. De

repente, tenía la impresión de que había abierto la tumba porque era lo que tenía que hacer, como si sufriera un espejismo emocional que lo anegara en un fatalismo bíblico. Ese era él, la llave. Había cumplido su cometido sin llegar a entenderlo por completo. Aquello le suscitó un horror tan profundo que solo pudo retroceder hasta salir del agujero.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó sir John con una voz polvorienta, ajena a este mundo.

MacAleese asintió en silencio, con la cabeza, sollozando con una mezcla de alivio y espanto que ni él mismo alcanzaba a comprender. Luego, mientras el difunto se alzaba, despejó la entrada de la cripta y salió al exterior, renqueando de puro cansancio.

Ahí, entre las lápidas, con el cadáver destrozado de Patrick y el bestial resucitado jadeando junto a este en el centro, los encapuchados ya no se tenían de las manos, sino que las presentaban hacia él en un gesto de bienvenida formando un ceremonioso semicírculo. El sepulturero se tambaleó hacia ellos.

—Nos has negado tres veces, MacAleese, pero ahora estás preparado —anunció el que parecía el líder, y él, obediente, cabeceó afirmativamente y se postró a sus pies.

Entonces el oficiante impuso las manos sobre su cabeza y los cánticos comenzaron de nuevo, solo que esta vez el sepulturero unió su voz a las de sus hermanos. Rígido como una momia, sir John se asomó al umbral de su catafalco y los cánticos redoblaron de intensidad. Y MacAleese sonrió, desquiciado, porque aquello estaba bien. Era justo y, sobre todo, era necesario. Él, quien siempre había velado por la paz de los muertos, estaba convencido en lo más hondo de su corazón. Y con aquello bastaba. Aunque los hombres no lo comprendieran, aunque aquel ceremonial, de haberlo contemplado, los hubiera llenado de espanto.

De todas formas, él lo sabía bien, nunca habían entendido nada. Nada.